

Francisco A. Coloane

La voz del viento



HASTA los pájaros se vuelven fieras en esta tierra maldita!—dijo la mujer del puestero sacudiéndose la nieve en el umbral del rancho.

—¿Otra oveja ciega corriendo contra el viento?— preguntó Denis en el interior.

—¡Esta es la quintal—contestó la mujer y continuó—¡Todo se vuelve malo en este peladero! Tú hace días que andas dando vueltas con el cuchillo en la mano sin tener ya que degollar; me das miedo cuando me miras tan fijamente y te veo recorrer con la yema de los dedos el filo de tu descuerador. En primavera son los aguiluchos que se comen a los corderos recién nacidos desde las entrañas mismas de la madre; en verano las gaviotas que vienen del mar hasta la cordillera para despanzurrar desde lo alto a los pequeños caiques, y en invierno estos caranchos malditos que le arrancan los ojos a las ovejas a picotazos, para desbarancarlas y comérselas.

El viento mugía sobre la lisa y helada meseta, le-

vantando un polvillo de nieve hasta dos metros de altura, cerrando los horizontes a ras de tierra y formando un mar tempestuoso, extraño y ceniciento, cuyas olas se desfleaban en una plumilla de nieve que se confundía con la brumosa lejanía. La casita del Puerto 22, de la estancia «China Creeck», en la Tierra del Fuego, parecía un desolado y pequeño arrecife en medio de ese mar de nieve flotante.

Lucrecia puso sus manos a modo de pantalla y avizoró la distancia: Luchando entre el furioso oleaje, una oveja sin ojos avanzaba contra el viento, seguida de una pequeña bandada de caranchos. Caminaba como los animales borrachos con algunos pastos malos de las vegas, abriendo y cruzando las piernas, deteniéndose a ratos, y a ratos corriendo una carrera corta, parálitica, como si fuera pisando fuego.

Del mar ceniciento surgía de tiempo en tiempo la bandada de pájaros pardos, envolvían a la oveja con un sinnúmero de aletazos y se perdían de nuevo entre el oleaje de la ventisca.

El carancho es un ave cobarde; pero acosado por el hambre, cuando la nieve arrecia y cubre los animales muertos con una gruesa capa, se reúnen en bandadas y atacan de esta manera traidora y cruel a las ovejas para devorarlas.

Las ovejas avanzan en dirección contraria al viento en las tempestades, hasta encontrar un refugio donde guarecerse. Sobre ésta había caído la tempestad y una extraña noche después que le saltaron los ojos a pico-

tazos, dejándole dos hoyos dolorosos por donde remolineaba el viento y la nieve.

—¡Denis, deja el cuchillo por favor!—rogó la mujer.

—¡No faltaba más, que se la dejara a los caranchos!—dijo el puestero y salió con el cuchillo entre los dientes, abrochándose la chaqueta de cuero de oveja dado vuelta, al encuentro del animal herido.

Lucrecia entró al rancho y cerró la puerta para no seguir viendo el doloroso espectáculo de la oveja ciega perseguida por los caranchos, para luego llegar a caer en la hoja brillante del cuchillo de Denis. Esa hoja del acerado «Eskiltuna» que el gringo acariciaba siempre, de día y de noche, con extraño placer. Ponía el cuchillo delante de los ojos, agachaba la cabeza como si le fuera a dar un beso y, con una peculiar estirada de labios, lo soplabo suavemente y recorría el filo con la yema del dedo pulgar; luego le daba dos o tres plaños cariñosos en la palma de la mano y se lo guardaba cuidadosamente atrás, en la cintura.

El cuchillo era para Denis como una prolongación de sí mismo, un sentido más a través del cual recibía secretas vibraciones y placeres. Siempre con él, cortando lonjas de cuero, remachando botones de riendas con la cacha, adelgazando tientos, deshilachando finas venas de guanaco para coser, durante el día, y en las noches descansando plácidamente con su compañía bajo la almohada, junto al tirador donde guardaba su dinero.

—¡Pero a quién le tienes miedo!—le decía su mu-

jer—va a hacer un año que estamos casados, vivimos en un puesto por donde no cruza un alma y tú siempre durmiendo con tu cuchillo y tu dinero debajo de la cabecera?

Denis no contestaba, daba vuelta la cara con desprecio y se ponía a silbar un sonsonete odiosamente monótono.

Lucrecia era una mujer sensible, por eso no soportaba las cosas de esa dura tierra; por eso también fué que abandonó esa otra dura vida de las prostitutas de «Río Grande», a donde bajaban oleadas de ovejeros, cazadores de guanacos y troperos a desahogar ferozmente sus años de abstinencia y soledad.

Una noche llegó el gringo Denis borracho, pagó una gruesa suma a la dueña de la casa, «La Cinchón Tres Vueltas», por la exclusividad de Lucrecia, y a la mañana siguiente le dijo a ésta:

—Oye, ¿Por qué no te vienes conmigo al Puesto 22?

—¿Dónde está eso?—preguntó la mujer.

—¡Allá en el corazón de la Tierra del Fuego—contestó Denis y continuó—Mira, yo soy el campañista y carneador de la estancia «China Creeck»; estoy aburrido de amansar potros y de carnear animales y quiero descansar; el patrón me ha ofrecido varias veces cambiarme a los puestos y ahora es la oportunidad de hacerlo; nos iremos al 22, donde la paga es doble, porque es una tierra endiablada, y al cabo de algunos años, con mis ahorros, cambiamos de vida.

Lucrecia lo miró fijamente. Era un hombre bajo, inexpresivo, lampiño, la cara oscura y aceitunada, donde se ahogaban dos ojos pequeños, pardos y evasivos; el cuerpo era algo regordete, un poco abultado de nalgas, sin esa reciedumbre enjuta de la mayor parte de los campesinos fueguinos.

No lo encontró ni feo ni bonito, ni bueno ni malo. Ella, una prostituta caída entre las garras de la famosa vieja explotadora de mujeres de «Río Grande», apodada «La Cinchón Tres Vueltas» por su voluminosa gordura y otras exageraciones que le achacaban sus parroquianos, no podía pretender algo mejor que aquel obscuro campañista de origen inglés.

Ese mismo día el gringo Denis pagó el precio del rescate, se compró un traje poblano y se dirigió a casarse. Al anoecer, partía con su mujer en las ancas de su caballo rumbo a «China Creeck».

Los cuidadores de ganado de la dilatada isla de la Tierra del Fuego y de la Patagonia, combaten a su principal enemiga, la soledad, con whisky y ginebra; Pero Denis había llevado ahora un nuevo ypreciado elemento para combatirla: una mujer.

El hombre había alcanzado la felicidad: ¡Una mujer en un puesto! ¡Su mujer!

Ella era blanca, rosada, un poco más alta que él y de unos treinta y cinco años. Una verdadera maravilla en una tierra de hombres solos, donde ya no quedaba ni una mala india, como en los antiguos tiempos.

Se quedaba horas enteras embobado, contemplando-

la cómo trajinaba dentro de la única pieza del rancho. La recorría con sus ojos codiciosos de arriba abajo y, de pronto; lanzaba un extraño relincho y se avalanzaba sobre ella.

Era el mismo relincho con que muchas veces apaciguó sus meses de abstinencia; esa euforia incontenible que a veces lo inquietaba en medio del campo y que sólo se atenuaba cuando le clavaba con fuerza las espuelas al animal, le daba un rebencazo y partía a todo correr entre los turbales, gritando como un enloquecido.

Ahora, todo esto se había acabado con la presencia de la mujer, que estaba allí de cuerpo entero para regodearlo de placer.

Para gozar más de su nuevo estado, entrecerraba los ojos recordando el corriente episodio que sucedía en la estancia cuando alguna prostituta, en viaje de Porvenir a Río Grande, pasaba a alojarse en «China Creeck»: el Segundo Administrador ordenaba que dos hombres armados se colocaran esa noche frente a la puerta del dormitorio; allí, carabina en mano, resguardaban a la hembra que inquietaba al centenar de hombres de la estancia.

En una ocasión en que junto con la prostituta pasó a hospedarse un sujeto con un «zepelín» de vino y ginebra, hubo casi una reyerta frente a la puerta de la mujer. El Segundo tuvo que imponer su autoridad, revolver en mano, sobre el grupo de borrachos.

—¡Déjela—gritaban—que uno haga de cajero y le

pagamos lo mismo que donde «La Cinchón Tres Vueltas».

Pero el júbilo de los primeros tiempos fué dismiyendo, el ardor apaciguándose para dar paso a una progresiva frialdad que fué invadiendo a esos dos seres perdidos en una meseta de la Tierra del Fuego.

Los puesteros generalmente se acostumbran a la soledad, para que no los acorrale ejecutan una serie de labores que en otros lugares parecerían raras, conversan con sus perros y caballos y abren las puertas para que entre el sol, el viento, el paisaje a hacerles compañía.

Esta soledad que un hombre soporta frente a la naturaleza, parece aumentar o transformarse en una cosa angustiosa cuando en medio de la inmensidad tienen que vivir juntos dos seres que no se entienden.

En Denis la sensación de soledad aumentó y en Lucrecia se hizo insoportable.

Además, en aquél se fué apoderando una extraña nostalgia de su oficio de carneador. Denis había sido carneador toda su vida; un hábil carneador de fama en los frigoríficos. Degollaba con una rapidez asombrosa y descueraba en un dos por tres.

Hacía su trabajo con placer; placer sentía cuando buscaba la tráquea de la oveja con la punta del cuchillo; placer al desgarrarla y ver salir la sangre a borbotones; placer cuando remataba los estertores despuntando la dura venita que une las vértebras de la cerviz; placer cuando revolvía el cuchillo grande en el

interior del pecho del buey buscando el corazón para desanjarlo; pero cuando su emoción llegaba a su mayor intensidad era cuando descueraba a uña limpia y descuartizaba al animal. Parecía un médico artista en plena clase de anatomía, cortaba siguiendo las corrientes fibrosas de la carne con matemática precisión.

Terminada la labor de cada animal, salpicado el rostro de gotas, se rechupaba los labios gustando el sabor de la sangre fresca.

¿Era un criminal nato Denis o los veinte años de carneador lo habían convertido en un hombre que tenía la necesidad de matar animales?

Porque desde que dejó de degollar al ser trasladado al puesto, sintió todos los días que algo le faltaba; tomaba su cuchillo y, a solas, dibujaba cortes en el aire y «garreaba» animales imaginarios.

En Lucrecia aumentaba de día en día su temor ante la manía degolladora de su marido y no se escapaba del rancho sólo porque hubiera encontrado una horrible muerte en la estepa helada. Se sentía aliviada cuando Denis pasaba el día en el campo, recorriendo la animalada y un poco sobresaltada cuando, llegada la noche, quedaban los dos solos entre las cuatro paredes del rancho.

El Puesto 22 tenía, además, una trágica tradición: un escocés se había vuelto loco, y un chileno suicidándose colgándose desde el cielo raso.

Los días en que la nieve bloqueaba al rancho, la vida adentro se hacía insoportable. Denis no hablaba,

permanecía silencioso y como absorbido por una idea obsesionante.

Su mujer varias veces lo sorprendió mirándola tan extrañamente que tembló.

Denis también temblaba; era un temblor que empezaba atrás, en la nuca; provenía del cerebro y le apretaba la frente nublándole la vista.

Un día en que la desesperante monotonía de la caída de la nieve se agudizó, Denis arrojó el cuchillo por la ventana y se puso a dar puñetazos sobre la mesa como si un dolor grande lo sacudiera.

Días sin viento, nevadas silenciosas sucedieron al suceso de la oveja ciega. La soledad se hacía más intensa con la caída ingrávida de los copos; a veces parecía escucharse un leve crujido en la distancia, tan leve y sutil como el suspiro de una mariposa, si las mariposas tuvieran voz. A través del vidrio de la pequeña ventana se veían los horizontes cerrados, un cielo cercano y gris, todo lo cual producía una tristeza que parecía inacabable.

¿Estaba maldita esa meseta? ¿La desolación, el desamparo del paisaje aquel, habían entrado en el alma medio salvaje de ese hombre, como un gas envenenado, maleándolo? ¿Así habían perecido los dos puesteros anteriores?

¡No, no era la desolación, la soledad, la angustia blanca de la nieve solamente! ¡En el cerebro de ese hombre había surgido la idea del crimen, venida qui-

zás de qué estratos y localizada allí en la nuca con un dolor punzante!

Era una especie de vértigo, cual la atracción de un abismo. Cuando la miraba o pasaba cerca de ella era como si se acercara a ese abismo; un pequeño impulso más y ¡ya!, la hubiera asesinado; pero se detenía al borde del precipicio, temblando convulsivamente.

Una tarde alcanzó a sacar el cuchillo de la cintura. La mujer, despreocupada, estaba de espaldas haciendo un trabajo en la cocina; levantó el arma a cierta altura y, de pronto, lanzó un grito feroz, y lo enterró con todas sus fuerzas en la mesa.

—¿Qué te pasa?—exclamó la mujer sobresaltada.

—¡No puedo, no puedo más!—dijo sollozando y no habló más.

Trataba de huir, pero el pensamiento lo mordía, lo seguía a todas partes.

Por lo bajo se repetía a cada momento estas palabras: «¡No puedo, la voy a matar, por Dios, la voy a matar!», y el ritornelo tenía algo espamódico, angustioso que sacudía hasta su última fibra.

Otro día, en una crisis, aferrado con todas sus fuerzas al borde del precipicio, se salvó lanzándose a correr como un loco a través del campo nevado.

Una fría crueldad le endurecía a veces. ¡Voy a matarla!, se decía tranquilamente; pero luego una ternura que lo hubiera llevado hasta el llanto lo invadía convirtiéndolo en una tembladera gelatinosa,

Por fin una noche se precipitó en el abismo: mientras dormía, la asesinó.

Condujo el cadáver detrás del corral de tropilla, rompió la dura costra de nieve y lo enterró.

Sintió que el aire se alivianaba como si se hubiera quitado un peso enorme.

¡Va—se dijo.—era como una oveja un poco más grande no más!

Sus días pasaban sin mayor preocupación. Eso sí, salía más a menudo al campo...

Se puso más trabajador; recorría la meseta y los campos colindantes del día a la noche.

La llanura con su blancura monótona se había puesto más atrayente y el rancho un lugar donde no podía estar sin un cierto desasosiego. El arrecife en medio del mar de nieve poco a poco fué perdiendo su calor de refugio y convirtiéndose en una roca hostil desde la cual Denis tendía constantemente el vuelo hacia la llanura nevada.

Trataba de desentenderse de su desasosiego estirando la cabeza como un ahogado, fuera del agua; pero un día llegó una cosa que lo golpeó directamente y no pudo seguir engañándose: era el viento del oeste, ese viento formidable que sopla durante todo el año sobre la Tierra del Fuego.

Hasta que no sintió su ulular pudo seguir con ese «¡va, era como una oveja más grande nomás!»; pero apenas ese maldito aullador del oeste se hizo presente,

cambió duramente de opinión: ¡Había asesinado a su mujer!

Empezó por escuchar otro rumor dentro del rumor del viento. Al principio trató de confundirlo con el ruido de una tranca suelta, con el crujido del maderamen del rancho, con el relincho del caballo guardiainero, el ladrido de los perros, etc.; pero el rumor fué identificándose.

Corrientemente el viento del oeste tenía una voz grande, poderosa y ululante, que recorría la estepa como un mugido viril bajo el cual se podía dormir plácidamente sin escuchar los crujidos de la casa. Ahora venía en el viento algo así como el sollozo de una mujer que hacía estremecer a Denis.

El sollozo se quebraba y el viento se ponía a lengüetear sonidos que parecían palabras suplicantes, Denis se revolvía en el lecho sin poder dormir.

Poco a poco ese lengüeteo plañidero se fué precisando y, de pronto, una noche, Denis, loco de terror, oyó claramente pronunciar su nombre:

¡Denis!, ¡Denis!, era la voz de su mujer.

La voz se azotaba debajo de la puerta a cada huracanada, como queriendo penetrar.

¡Denis!, ¡Denis!

La voz creció y la puerta pareció ceder a un empujón. Rápido, saltó de la cama y se dirigió a abrirla con el cuchillo en la mano, entró una furiosa bocanada de viento; echó pie atrás y esgrimió el cuchillo para defenderse de una posible embestida, pero afuera sólo reinaba la noche y la tempestad; la noche con un ne-

gro muro de sombras y el viento ululante que desflecaba esas negruras con su polvillo de ventisca.

Cerró la puerta y, cuando un ligero vahido le dió la impresión de que se iba a dormir, la voz acongojada del viento volvió a golpear en la puerta:

¡Denis!, ¡Denis!, ¡Denis...! Hasta que una mordera febril llegó a aliviarlo con la lechosa claridad del amanecer.

El viento del oeste amaina en la madrugada, desaparece al medio día y al caer de la tarde empieza de nuevo para soplar con todas sus fuerzas en la media noche. Los sufrimientos de Denis siguieron esta misma trayectoria.

Dejó de salir al campo, enflaquecido y debilitado. Sólo obligado por una necesidad mayor salía del rancho y volvía a entrar apresuradamente. Afuera tenía la sensación de que el cielo se destapaba, que la inmensidad misma era un ojo que lo contemplaba duramente y se veía solo, débil, pequeño y desamparado. Con ese desamparo de la inanición en que el hombre es una gota de agua aventada por el viento.

Los perros empezaron a aullar de hambre. Temblando una mañana fué a buscar el caballo «guardiero» para huir, pero se había arrancado al campo.

Una noche el aullido de los perros se mezcló horrorosamente al del viento y a la voz que venía en él. El viento no amainó en la madrugada como de costumbre y Denis perdió la noción de la noche y del día; vagaba como una sombra lívida dentro del rancho, envuelto en una especie de neblina roja.

La voz del viento era como un látigo enorme que lo azotaba, el zumbido le trepanaba las sienes, le ase-
rraba los tímpanos, metiéndosele por dentro y barre-
nándolo.

Era un guiñapo humano estrujado por el viento, la
nieve y la soledad reinantes sobre la costra hostil del
rincón más arisco de la isla de la Tierra del Fuego;
el «Puesto 22».

Una noche la tempestad arreció. El viento llegaba
como en marejadas y parecía levantar en sus olas al
pobre rancho; el puestero, enloquecido, se apretaba
junto al suelo, agarrado a las tablas, tembloroso y so-
llozante.

De pronto todo se calmó, un silencio sepulcral ro-
deó al agonizante y, cuando el alivio empezaba a ro-
zar su deshecha sensibilidad, una voz surgió en el in-
terior del puesto:

¡Denis!, ¡Denis!

Por fin, la voz del viento había penetrado en el
rancho para desde allí arrojar al criminal aferrado a
su último refugio.

¡Denis!, ¡Denis!

Acorralado por la voz, con sus últimas fuerzas, sa-
lió a la intemperie y trató de correr como la oveja
aquella que una tarde se acercó al rancho con los ojos
arrancados y seguida por los aletazos de una bandada
de caranchos; pero no pudo, se tambaleó y cayó tam-
bién sobre la estepa inclemente bajo los picotazos de
una bandada de palabras:

¡Denis!, ¡Denis!